

que estaba corriendo el mayor peligro en medio de la contienda que se había entablado. La falta de plan fue el pretexto que se usó para echar algunos más tarde para dejarnos solos en la gran revolución y para que nuestros esfuerzos no fueran todo en vano como lo fueron las otras.

## CAPITULO XXXI.

### ENTRE OREJA Y OREJA.

En esa época tuve el gusto de conocer á un amigo inteligente, generoso, bravo y lleno de nobles y patrióticos sentimientos, cuya pérdida lamentan todavía los muchos y buenos amigos que supo hacerse con su conducta irreprochable: Juan N. Mirafuentes. Era joven aún, apenas había comenzado á distinguirse como escritor y como militar, y siendo á la vez del número de los que no estaban contentos con la marcha torcida del gobierno, entró resueltamente á la conspiración que se tramaba contra Juárez.

Juan Mirafuentes que había sido entusiasta lector del *Padre Cobos*, me dijo un día:

—¿Por qué no publica vd. otra vez su periódico?

—El *Padre Cobos*?

—Sí.

—No hay ya tiempo para ello puesto que va á esta-

llar la revolución, ni puedo dejarlo aquí en otras manos, ni sería sufrido por el poder, el cual volvería á echarme la garra encima.

—Tiene vd. razón.

—Si hubiera tiempo, vd. y yo escribiríamos juntos un periódico con cualquier otro nombre.

—Era lo que pensaba proponer á vd. pero no me decidía porque mi es tilo es muy diferente. Yo flagelo cuando escribo, mientras que vd. abrumba á su enemigo á puras carcajadas.

—No importa, vamos á escribir juntos y estoy seguro de que se llevarán bien nuestros dos estilos.

Al otro día mismo apareció el primer núm. de «San Baltazar» y aunque tanto Mirafuentes como yo teníamos que salir pronto á campaña, queríamos aprovechar en algo los días que estuviéramos precisados á perder en preparativos, sembrando alguna semilla, toda vez que el terreno político estaba muy bien abonado para hacer brotar abundantes frutos é imprimir una marcha recta á aquella publicación que debería continuar sirviéndonos de órgano y defendernos de las injurias con que iban á llenarnos los ministeriales. Para cuando saliésemos de la capital continuarían redactando el «San Baltazar» con igual energía, nuestros amigos Muñoz Silva, Ramirez, y Buenrostro. El espiritual é inimitable Alejandro Casarin se encargaría con la chispa y el ardor que tenía en aquel tiempo de seguir dibujando las caricaturas.

Una vez arregladas las bases principales con los correligionarios de acción, y con los gefes que debían dar

movimiento á las diversas zonas de la República, convenimos en que saliera Toledo furtivamente para que fuera á aguardarnos en Querétaro, porque ya era peligroso que continuase por mas tiempo oculto en la capital.

Nuestro amigo D. Antonio Palacios Magarola nos proporcionó algunos recursos para que pudiéramos dar los primeros pasos; pero como estos eran insuficientes y como además teníamos que engañar de alguna manera á los miembros del gobierno para que no advirtieran nuestros trabajos, acordamos Granados y yo un buen plan que nos propusimos poner en planta inmediatamente.

Era entonces, como se ha dicho, jefe del gabinete de Juarez el Lic. D. Sebastian Lardo de Tejada, hombre muy inteligente y muy lleno de ambiciones, el único temible entre todos nuestros adversarios por su esquisita perspicacia. Sabíamos muy bien que estaba acumulando elementos, que estaba aprovechando todas las ventajas que le ofrecia su alta posicion, que reclutaba gente en todos los círculos con el ánimo de ponerse en las elecciones frente á frente de su protector, y creímos descubrir una buena coyuntura para conquistar un poderoso aliado. El valiente coronel Jorge Granados iria á ponerse bajo el patrocinio de aquel ministro, tanto para conseguir dinero de las cajas públicas como para obtener permiso del gobierno para residir en el Estado de San Luis Potosí que era el que habíamos escogido por centro de nuestras operaciones.

He aquí poco mas ó menos la conferencia que tuvimos en mi casa Granados y yo con ese motivo. Estábamos uno enfrente del otro, clavados de codos sobre la mesa que me servia de escritorio y que estaba á la vez cubierta de toda clase de papeles:

—Tengo miedo de ese hombre, me dijo Granados.

—Lo que le vas á pedir es una cosa muy sencilla.

En esta época fué cuando comenzamos á darnos este familiar tratamiento.

—Es sencilla, pero...

—Pero no te la podrá negar, y menos, cuando tu sabes bien que todo su ahinco ahora está cifrado en conquistar hombres de provecho.

Granados no sabia ruborizarse y no se ruborizó: sólo se limitó á decirme brillando lleno de relámpagos la mirada del ojo que tenia bueno:

—Es que yo no me dejaré conquistar.

—No se trata de eso sino de que lo pongas sin comprometerte á nada en el caso de que te otorgue todas las mercedes que le pidas. Más claro: vamos á hacer de modo que él sea aliado nuestro sin que nosotros lo seamos de él, que él nos ayude sin que nosotros quedemos comprometidos á ayudarle.

—¿Que es entonces lo que voy á pedirle?

—Que te reconozcan y paguen, en todo ó en parte, tu liquidacion militar, la que se te formó despues de concluida la guerra extranquera, en lo cual no te harán mucha gracia, puesto que á muy pocos han dejado de pagarles esa santa deuda.

—¡Hum! dijo Granados acordándose de las liqui-

daciones que habian sido vendidas por un plato de lentejas.

—Esos cuatro ó cinco mil pesos, agregué yo, no nos vendrán mal ahora que vamos á lanzarnos á una empresa de tan colosales proporciones.

—En efecto, vale la pena hacer la lucha á ese piquillo.

—En seguida le pedirás que te consiga residir en Monterey ó en S. Luis Potosí, indistintamente, porque yo voy á establecerme en este último punto y quieres tener un amigo cerca, ya que estás confinado.

—Me preguntará que vas á hacer tu á S. Luis Potosí.

—Le dirás que me ofrecen allí un puesto de magistrado en el tribunal.

—Argüirá que somos peligrosos los dos juntos.

—Y no tendrás mas que hacerle presente que allí se encuentra toda la 3.<sup>a</sup> Division.

—¡La 3.<sup>a</sup> Division! exclamó Granados riéndose, ¡y que vale la 3.<sup>a</sup> Division junto á nosotros?

—Fanfarron! le dije tomando por broma lo que él decia en el mas alto grado del convencimiento, esas tropas de los mejor disciplinadas que tiene el Ejército Mexicano lo mismo que las autoridades del Estado que pertenecen en cuerpo y alma al gobierno, son una garantia para que no les deje sospechar que nosotros podemos interrumpir allí la paz pública.

—¿Y de qué modo he de dar á entenderle aque-

—Muy sencillamente. Cuando te haya ofrecido algo y esté para concluir la conferencia, tu le dices:— Señor Ministro, mis amigos que son valientes y leales, sabrán que V. ha sabido tratarme como á un caballero y le vivirán reconocidos. Quizás un dia ú otro podremos serle útiles en alguna cosa. Y no saldrás de estas vaguedades.

—Es decir, nada de ofrecerle que seremos sus partidarios.

—No, porque entonces habria que cumplírselo.

—Está bien.

No obstante este ensayo de conferencia, seguimos conversando sobre el asunto y poniéndonos en todos los casos para que Granados no fuera á ser sorprendido y envuelto por Don Sebastian, á quien daban los políticos una reputacion de hombre sagaz, al extremo de haber dicho mas tarde uno de sus partidarios que tenia un sol por cerebro.

Despues de estos preparativos acompañé á Granados hasta las mismas antecámaras del Ministro, en donde le hice repetir la leccion renovándole todas mis recomendaciones.

Una hora duró la entrevista, yo estaba en áscuas dando paseos por aqui y por alli para disimular mi impaciencia, hasta que vi volver á Granados con la mayor alegría pintada en su rostro.

Habia allí otras personas y le hice signo de que se guardara las revelaciones para cuando estuviéramos lejos, pero era hombre Granados que no sabia disimular sus impresiones y siempre me dijo muy quedo y apretándome el brazo:

—¡Victoria!

—¿Cayó?

—Redondito.

—Allá afuera hablaremos.

o Cuando estuvimos solos me refirió toda la conferencia tenida con el Sr. Lerdo palabra por palabra. Granados le indicó que tenía que alhagarnos un poco, que tenía que hacer algunos méritos con nosotros y que principalmente tenía que abandonar el camino que estaba siguiendo Juárez para que nosotros llegáramos á ser sus partidarios. Aquel le contestó que deseaba vivamente que fuéramos amigos suyos y que ya nos daría pruebas de distinción que no nos dejarían dudas de su afecto. Quizás no se pasaría mucho tiempo sin que recibiéramos indicaciones suyas, las cuales podíamos esperar en S. Luis, seguros de que su política había de ser mas liberal, mas amplia y mas generosa que la de Juárez, el cual estaba aburriendo al país con su tenacidad.

Como arras de aquella alianza en perspectiva, el Sr. Lerdo dijo que por el pronto no podía comprometerse á que fuera pagado todo el bono, porque á la vez se encontraba en pugna con Don Matias Romero Ministro de Hacienda, pero ofreció que aquella tarde recibiríamos en cuenta de él unos \$500 y que el resto lo mandaría á S. Luis Potosí.

Granados me dijo entusiasmado:

—Era bueno aprovechar la oportunidad para que á ti tambien te formaran tu liquidacion y te dieran tu bono....

o Me sonreí con amargura y le contesté:

—No, Jorge, yo no soy soldado de profesion; yo no he servido sino como patriota y los patriotas vienen á recibir sus recompensas cuando ya no están vivos... No, yo no tengo carácter para pedir y menos á los que me han tenido once meses en cautiverio.

o Por la tarde recibió en efecto Granados los \$500, que era mas de lo que necesitábamos para ponernos en campaña.

o Justamente con esa cantidad llegó tambien el amplio permiso del Ministerio de la Guerra que Granados necesitaba para residir durante su confinamiento en donde fuera de su gusto, desde el Estado de San Luis Potosí hasta cualquier punto de la frontera del Norte.

o Respecto de mi se habló muy poco y mas poco todavía en la conferencia de despedida: el Ministerio todo se alegraba de que me fuera á vivir á S. Luis Potosí, pues de esa manera quedaba desembarazado de las pullas del *Padre Cobos* y de los violentos ataques que contenzaba á lanzar el *San Baltazar*, en el cual ya tenían sospechas de que hubiera puesto yo la mano á pesar de haber disfrazado mi conocido estilo.

o Mientras Granados estaba despidiéndose del Ministro de Relaciones, su protector y amigo, yo corría de casa en casa avisando á los demas conjurados que ya íbamos á ponernos en camino y dándoles algunas seguridades respecto del éxito de nuestras operacio-

nes. Triunfará la revolucion, les decia, siempre que cada cual cumpla con su deber: nunca, ningun complot ha estado mejor ramificado. La señal general será, dentro de dos meses poco mas ó menos, por medio de un levantamiento en cualquiera de los Estados desde San Luis Potosí hasta Tamaulipas. Haremos porque sea en San Luis para estar en mas inmediato contacto con nuestros correligionarios de la mesa central; pero de todas maneras pueden vdes. estar seguros de que nosotros seremos *los que pongamos el cascabel al gato*. Todos los generales conspiradores me dieron su palabra de que desenvainarian la espada luego que tuvieran nuestra señal, manifestándose muy complacidos de que fuéramos nosotros los que pusiéramos el ejemplo de la rebelion á mano armada.

Por su parte el Ministro manifestó á Granados que no perdia la esperanza de que fuéramos suyos para encargarse de darnos un porvenir brillante: que debiamos aconsejar á Toledo, cuya fuga de Yucatan era ya sabida, se presentara al gobierno para que este le otorgara el permiso de establecerse en el punto que eligiera para ponerse á trabajar pacíficamente como nosotros ibamos á hacerlo. Estaba en la inteligencia de que yo me iba á la curia y Granados á poner cualquier giro de comercio con el producto de su liquidacion militar. En fin, el Sr. Ministro de Relaciones estuvo tan complaciente como complacido, demostrando muy á las claras que nos reservaba un papel para el momento oportuno, quizás el de campeones armados en la lucha electoral.

Estando ya del todo listos, tomamos boletos para la diligencia que hacia viage á Querétaro y salimos de la Capital el 25 de Octubre. Trabajo y lágrimas me costó desprenderme de los brazos de mi familia, la cual tenia sin duda el presentimiento de que iba á tener que llorarame muerto un año mas tarde. . . .